

DOLOR Y SUFRIMIENTO HUMANO: LUGAR TEOLÓGICO EN EL QUE SE MANIFIESTA EL MISTERIO DEL AMOR DIVINO

INTRODUCCIÓN

Siendo una experiencia profundamente arraigada en el hombre, el dolor y el sufrimiento son realidades que podrían abordarse desde múltiples enfoques, más o menos científicos, de allí que se haga necesario definir brevemente los criterios que serán utilizados para este acercamiento. En primer lugar, siendo el objeto del trabajo mismo adentrarse en la perspectiva bioética sobre el dolor y el sufrimiento, hemos considerado determinante acercarnos al problema en primer lugar desde las ciencias humanas fundantes para nuestra propia perspectiva creyente, se trata de adentrarse en lo que la filosofía y la teología afirman al respecto, no sin antes haber tratado de precisar la dimensión biológica de la experiencia del dolor. En segundo lugar se hará un breve excursos en los que se aterrizará el tema a la perspectiva bioética y a la que la Iglesia desde su Magisterio propone frente al dolor y al sufrimiento humano. Lo que el texto quiere presentar es que la Teología no justifica la existencia del mal pero sí brinda argumentos que desde la historia de la salvación nos permiten reconocer el porqué de los hechos, puesto que el sufrimiento, a pesar de pertenecer a la dimensión trascendental del hombre, no se desliga de la realidad en la que se encuentra inmerso. En este sentido el misterio del dolor humano puede constituirse en lugar privilegiado para comprender el misterio del amor divino, a tal punto que puede afirmarse, en una perspectiva creyente, que “Sin el sufrimiento de Cristo es locura tratar de entender el sufrimiento del hombre” (Polaino, 1993, p. 476).

1. LA PERSPECTIVA ANTROPOLÓGICA DEL SUFRIMIENTO Y DEL DOLOR

La perspectiva del sufrimiento

La salud, entendida como bienestar físico y psíquico, es el concepto en torno al cual, de manera instintiva, los hombres comprenden la vida, y en dicha perspectiva el sufrimiento viene comprendido en términos de obstáculo. Como reacción, concentra sus esfuerzos en una lucha sin cuartel contra el sufrimiento que, a pesar de dichos empeños, no sólo no desaparece, sino que resurge continuamente y asume formas nuevas. En este sentido, a pesar de que ha derrotado una y otra epidemia, de que sus adelantos en el ámbito de la salud han incrementado la expectativa de vida y reducido la mortalidad infantil, continúa afrontando el peso de la enfermedad por ejemplo en las múltiples complicaciones propias de la vejez, muchas de las cuales aparecen hoy de forma prematura y contener a muchos seres humanos a convivir con patologías frecuentemente dolorosas y en muchos casos abiertamente discapacitantes.

Aquello que acontece en el ámbito de la salud, puede extrapolarse a otras realidades causantes de sufrimiento y que, o bien han acompañado al hombre por siglos, como en el caso de la guerra y de otras múltiples injusticias, cada vez más agobiantes en tanto crece asimismo la sensibilidad respecto a la dignidad del hombre y la relevancia de su promoción, o bien surgen a causa de sus propios adelantos, como en el caso de los efectos de los medios masivos de comunicación que conducen a una masificación del pensamiento y viabilizan múltiples formas de manipulación, aspectos ambos que reducen la efectiva libertad de los seres humanos.

Pero la primera causa del sufrimiento está inserta en nuestro mismo cuerpo, en las posibilidades biológicas, y en nuestra conciencia crítica, que constituyen las energías para la vitalidad individual y social y provocan a la vez inseguridades y sufrimientos. Todo en el hombre obedece a esta ley: la potencialidad sexual y afectiva es causa de tensión, de placer, de gratificación y al mismo tiempo de sufrimiento. La evolución social que conduce a mejoramientos nunca tiene lugar

sin contrastes violentos, sufrimientos y nuevas marginaciones. Por este motivo, no es posible oponer vida humana y sufrimiento, sino que el sufrimiento entra como elemento constitutivo de la existencia, de forma que aceptar la vida significa tener en cuenta también la realidad del sufrimiento y de la muerte.

“Ahora bien, interrogarse sobre el sufrimiento obliga a establecer ya de entrada una distinción fundamental, cual es la de que el sufrimiento no es el dolor: *sufrir no es sentir dolor*. En ambos casos nos encontramos frente a un padecer, pero se trata de dos padecimientos diferentes por calidad en cuanto diferentes por naturaleza. Es insuficiente la distinción que atribuye el dolor al cuerpo y el sufrimiento al alma” (Aramini, 2007). En realidad, dolor y sufrimiento son dos niveles diversos de padecimiento de todo hombre. El dolor es siempre síntoma de un daño físico o psíquico, mientras que el sufrimiento es el signo de la condición limitada del hombre.

En el empeño de reaccionar ante el sufrimiento, se encuentran diversas soluciones según las perspectivas filosóficas y religiosas que se asuman. En este sentido, la cultura de los países avanzados tiene una alergia particular con relación al sufrimiento, de tal manera que, paradójicamente, el sufrimiento aumenta precisamente por el modo no equilibrado de afrontarlo. Las personas que sufren, especialmente si están enfermas, son conscientes del derecho de reivindicar de la sociedad respeto, comprensión, ayuda, y acusan a los otros (el ambiente familiar, las estructuras sociales inadecuadas e injustas, los egoísmos y los errores ajenos) como causas primarias de los propios sufrimientos. Es improbable que uno se esfuerce por analizar las propias responsabilidades, que se revisen las propias actitudes, las propias reacciones, evitando sentirse víctimas del sistema y de la incompreensión ajena.

Por otro lado, la eliminación de toda referencia religiosa agudiza la tensión, a lo que se agrega el mito del bienestar, la confianza casi exclusiva en los poderes de la técnica, la incrementada sensibilidad psicológica, que provocan una fortísima intolerancia contra toda forma de sufrimiento y una espera de soluciones inmediatas. De aquí derivan comportamientos como el uso excesivo (consumismo)

de fármacos o la repetición obsesiva de los exámenes clínicos. Si nos trasladamos al campo social, muchos hechos noticiosos son índice de esta impaciencia por huir del propio sufrimiento a cualquier costo (violencias incluso homicidas por tener dinero, el recurso a la droga, la delincuencia de las bandas de jóvenes). Las inevitables desilusiones hacen crecer una categoría de personas que sufren gravemente, cansadas de la vida, que fluctúan entre un sentido de fatalismo y el deseo de suicidio. A pesar del sofisticado instrumental desarrollado para analizar las causas del sufrimiento, parece que el hombre de hoy es más frágil frente a él, pues el intento de suprimirlo impide generar una cultura del sufrimiento, la única que puede ayudar al hombre a afrontarlo.

Precisamente a nivel psicológico, resulta oportuno mencionar a Víctor Frankl, psicólogo hebreo que sobrevivió a los campos de concentración de la Alemania nazi, quien habla de una “frustración existencial” consecuencia de la inevitable contradicción entre las formas comunes de concebir la vida y lo que acontece en la experiencia real de la misma. En este sentido, considera que la absolutización de valores como la vida placentera o la radical afirmación de sí mismo conduce inevitablemente a dicha frustración, en tanto no se puede evadir bien debilitamiento progresivo de las capacidades físicas ni la continua agitación y permanente contradicción de la vida social. Como mecanismo para superar la frustración, este autor propone lo que ha llamado la “logoterapia”, que, en una atrevida síntesis, puede describirse fundamentalmente como una dinámica de diálogo a través de la cual el sujeto es llevado a interrogarse acerca del sentido de su propia existencia, evidenciando así que incluso la más absurda de las situaciones es viable hallar una “tarea de vida”. Frankl plantea en su argumentación que no es posible que la persona encuentre un equilibrio, en tanto no alcance, junto a la posibilidad de trabajar y gozar, también la capacidad de sufrir, de forma que el sufrimiento se convierte en principio de interpretación de la realidad. Todas las grandes civilizaciones han afrontado el sufrimiento como vía para conocer la identidad profunda del hombre, y es a partir de esta pregunta que se dan las diversas respuestas (conflictos) de los humanismos y de las religiones,

como propuestas de inscripción del sufrimiento en un proyecto de realización posible para el hombre (Aramini, 2007).

La perspectiva del dolor

El dolor se considera una señal de alarma emitida por los diversos receptores nerviosos que posee el cuerpo humano que proporcionan al individuo la información sobre los cambios que se dan, tanto al interior del cuerpo como en el ambiente en el que se desenvuelve. En este sentido, el dolor es atribuible al sistema nervioso, cuyos órganos de sensibilidad, llamados nociceptores, perciben los estímulos que afectan cualquier parte del cuerpo y los remiten a las áreas sensoriales de la corteza cerebral, que es donde acontece de manera consciente el dolor. El dolor es entonces una “*experiencia sensorial y emocional desagradable asociada a un daño real o potencial de un tejido; se desencadena por el sistema nervioso y puede ser crónico o agudo. Pero además de físico, es también un problema psicológico y social, que puede afectar el desenvolvimiento y conducta normal de un individuo*” (Hernández, 2011).

Los mecanismos cerebrales controlan la codificación de los estímulos recibidos y la atenuación del dolor a través de endorfinas, sustancias químicas que se sintetizan en el ámbito del sistema nervioso mismo. Lo que hacen tales sustancias, que se producen en condiciones de estrés y de activación emotiva del sistema central, es deprimir la acción de ciertos circuitos nerviosos y por consiguiente reducir la sensación de dolor.

Aramini (2007) señala una clasificación del dolor que permite distinguirlo en tres formas: cutáneo, profundo o visceral, e irradiado, y a los que se añaden las neuralgias (faciales y ciáticas), dolores paroxísticos y continuos que surgen en los puntos en los cuales viene irritado o afectado un tronco nervioso. Sucede que a nivel biológico los mismos centros nerviosos que registran el dolor pueden ser fuente de dolor, cuando hemos sufrido lesiones o irritaciones, como en el caso de las enfermedades de la médula, del tálamo y de la corteza cerebral. Además, algunas enfermedades se caracterizan por la persistencia del dolor, por su

duración e incluso su irreversibilidad. Se habla en estos casos del dolor crónico, que reviste una enorme importancia desde un punto de vista clínico, social y económico. En términos propios de la medicina, cuando el dolor dura más de seis meses y resulta resistente a los tratamientos convencionales, se habla de dolor crónico (Dagnino, 1994).

Así pues, es la complejidad de las manifestaciones clínicas específicas y de las implicaciones correlacionadas con ellas lo que permite hablar de síndrome de dolor crónico. Pero no es este un problema menor ni ocasional en la sociedad de hoy, en efecto, si se considera que cerca del 10% de la población sufre o ha sufrido dolor crónico, puede afirmarse entonces que el dolor crónico está asumiendo proporciones epidémicas, sobre todo en algunas patologías como el dolor cervical, dorsal, lumbar, que alcanzan por sí solos una preocupante difusión en los países occidentales (Marino, 1999).

El dolor del cáncer es otra situación clínica que determina ulteriores problemas para el control de la sintomatología dolorosa y la compleja gestión de la patología tumoral misma. Se reporta en literatura médica que el 15% de los enfermos de cáncer presenta precozmente dolores intratables, no obstante la terapia por vía oral con morfina. En estos casos la persistencia del dolor trae consigo la conciencia de la gravedad de la enfermedad e induce en el enfermo la aparición de otros disturbios: ansiedad, angustia, insomnio, que a su vez agudizan la percepción del dolor. En estos casos el dolor ya no es una señal útil para el paciente, sino un fenómeno devastador que incide sobre su psique y sobre sus relaciones con los médicos y familiares (Marino, 1999).

En muchas enfermedades el dolor acompaña la proximidad de la muerte: es el caso de los enfermos terminales, pero existen patologías dolorosas gravemente limitantes del desempeño humano incluso en personas con una expectativa de vida casi normal. En ambos casos es necesario un empeño de curación intenso, aunque en lo que concierne específicamente a los enfermos terminales, no se olvida que el “morir” determina un sufrimiento definido como “dolor total”, que nace

del progresivo deteriorarse de las condiciones físicas, pero también de la pérdida del propio papel social, que con frecuencia acompaña a la enfermedad.

Se vislumbra acá un primer aspecto importante a nivel ético en relación con el dolor, pues en el caso inmediatamente anterior, se pide un particular empeño en adaptar el tipo de intervención médica a la especificidad del paciente particular, a su tipo de dolor, a su situación socio-familiar. En cuanto evento simbólico, la muerte provoca al personal de salud a cuidar de la persona enferma en su totalidad, interpretando sus deseos y garantizando sus necesidades, siempre en el respeto a la voluntad del paciente, a las leyes y los principios éticos. El objetivo del médico, sobre todo para los enfermos terminales, deberá trasladarse del “curar” al “cuidar”, deteniendo los síntomas y el dolor, superando dos tentaciones extremas, y debe decirse, por desgracia frecuentes, cuales son la de ocuparse sólo de la enfermedad, por una parte, o apresurar el curso de la enfermedad, por otra.

2. DOLOR Y SUFRIMIENTO EN LA FILOSOFÍA

Vamos a exponer brevemente el sufrimiento humano desde una perspectiva filosófica. Al hacerlo tenemos que afrontar un tema inevitable: el del problema del mal. Se sobrentiende que lo abordaremos desde nuestra situación. Pero ¿cuál es nuestra situación actual cuando se encara el problema del mal? La cuestión misma es difícil. En primer lugar, se podría aducir que ya no se necesita de la idea de un ser extramundano al cual se refieran todos los acontecimientos del mundo, por lo que cualquier noción teológica estaría de más; bastaría la filosofía y la ciencia para llegar a este cometido. Sin embargo, en el horizonte de pensamiento griego el planteamiento del problema del mal mantuvo un aire teológico del cual el dilema de Epicuro es la mejor muestra

O Dios quiere quitar el mal del mundo pero no puede; o puede y no lo quiere quitar; o no puede ni quiere; o puede y quiere. Si quiere y no puede, es impotente; si puede y no quiere, no nos

ama; si no quiere ni puede, no es el Dios bueno y, además, es impotente; si puede y quiere –y esto es lo más seguro-, entonces ¿de dónde viene el mal real y por qué no lo elimina? (Epicuro citado por Andrés Queiruga, 2011, p.16).

Por otro lado, la ciencia que vino con Galileo produjo un cambio estructural en la forma en que vemos lo que llamamos mundo: el matemático (Zubiri, 1963a, p. 289). No obstante, la nueva ciencia que nace con el pisano no supuso un quebranto con las explicaciones teológicas. Para Newton, Leibniz y Galileo la decodificación científica del mundo fue un pórtico desde el que podía verse el lenguaje en que el mismo Dios había creado lo cognoscible. Así pues, bastaría la nueva ciencia y la física actual para explicar el problema del mal. Pero Galileo sembró también los límites de este avance cuando distinguió la naturaleza de las cosas de la naturaleza física de las cosas y, análogamente, la causalidad física de la causalidad ontológica (Zubiri, 1963a, p. 288).

En segundo lugar, puede abordarse el problema del mal desde el horizonte cristiano de la creación. Sin embargo, este enfoque no está libre de escollos, ello por varias razones. Primero, porque es una contestación meramente teológica. Segundo, debido a que desde la modernidad y tardomodernidad ha sido la más cuestionada. Tercero, porque las resoluciones clásicas de la teología han producido, o bien un Dios limitado, o bien una respuesta que se arroja apresurada al misterio.

Naturalmente pese a las fisuras de estos horizontes cada uno puede afrontar el problema del mal en su interna estructura. Pero habría que existir primero tal mal para luego aventurarse en él, así que nos sale al paso algo elemental: ¿a qué llamamos mal? La literatura sobre este tema es profusa y cada cultura se ha expresado de distintos modos. De hecho, en el plano subjetivo, lo que puede ser bueno para uno puede ser malo para otro. Además, pareciera que lo mejor sería no hablar de mal en singular, sino del mal en plural siguiendo la fórmula de que “No hay el problema del mal, solamente muchos problemas, que se ocupan de muchos males” (Dalferth citado por Andrés Queiruga, 2011, p.13).

Habrá, pues, que postular una definición, por lo menos provisional, si no se quiere reflexionar en el vacío. Así que es menester fijar nuestro punto de reflexión en la experiencia primaria o común que subyace a las distintas posiciones que se han tomado al respecto del mal. Ahora bien, lo que pretendemos es dar una visión general del problema del mal y el sufrimiento humano, de ahí, la negación a naufragar en un concepto fijo sobre el que no hay univocidad. Lo mejor será seguir el postulado que dice que el mal es un nombre para lo amenazador de la naturaleza (Safransky, 2000, p. 13). Una situación, pues, amenazadora, común a todos los hombres: al creyente y al no creyente, al agnóstico y al fideista; una situación, por tanto, que espera de una solución cuando otras son derribadas.

Pues bien, aquello amenazador es aquello con lo que convive el hombre: la naturaleza. En efecto, el hombre griego creía en un movimiento de la *Physis* como razón de su existencia, nosotros llamamos a esto hacer parte de la naturaleza. Y que el hombre hiciera parte de ella de una manera única, es una deuda impagable con el pensamiento heleno.

La condición humana comparte todo en cuanto es una criatura más puesta en el movimiento del todo que ha emergido, salvo en su especificidad de un ente capaz de logos, esto es, develador de la naturaleza que gusta de esconderse (Zubiri, 2007b, p.11ss). Pero así como el hombre, según el horizonte de pensamiento griego, se halla ontológicamente constituido para ser un ser distinto a los demás seres, se encuentra en la misma situación de indigencia que ellos. La naturaleza sobrepasaba al hombre griego y éste no podía llevar más que una vida efímera con distintos grados de grandeza. Esta inferioridad del hombre habría de perdurar por más de diez siglos hasta la llegada de la nueva ciencia que trató de atezar los fenómenos naturales.

Sin embargo, la nueva ciencia emana dentro del cristianismo y, por consiguiente, dentro de un nuevo horizonte de pensamiento. Este horizonte se ha caracterizado por la búsqueda de gobernar la naturaleza por medio de leyes que son desentrañadas de ésta, por un intento de conquistar intelectualmente la infinitud (Zubiri citado por Diego Gracia, 1986, p.10). Pero no es solo esto lo que acontece

en este horizonte de pensamiento: la misma idea de ciencia es funcional y mecanicista, es decir, da preeminencia al *cómo* y no al *qué*.

Así pues, la posibilidad de responder por el origen del mal o por el sufrimiento de la criatura humana se presenta en la modernidad con un corte, si bien no completo, en la metafísica. Este vacío acompañará buena parte de las explicaciones que surgen sobre el problema del mal debido en gran parte a la desatención que se hizo Galileo sobre la causalidad.

Ellos (los científicos modernos) vierten en el pensamiento occidental la idea, la concepción o creencia de raíz pitagórico-platónica, que se verá fortalecida por la fe cristiana del Creador, de que el libro real de la naturaleza estaba escrito en *lenguaje matemático* (Mardones, 1991, p. 25).

Ahora bien, en una perspectiva meramente filosófica el problema del mal se desliga de lo teológico cuando se estudia al mal en *sí mismo*, Torres Queiruga ha llamado *ponerología* a este tratado. Queiruga toma como base el vocablo griego, pero la estructura de la que lo compone pertenece a los logros de la modernidad, sobre todo a la teodicea de Leibniz. Esto porque aun cuando la obra de Leibniz tiene presentes elementos teológicos de su fe, una vez cribados, representan una ruptura drástica con la idea mentalizada por largos siglos en la cristiandad de que viniendo la humanidad de un Dios amoroso no permitiría éste mal alguno en su creación y, específicamente, en el hombre.

Por tal motivo, cuando una catástrofe natural acontecía en el mundo los ojos de los fieles se volvían a Dios cuestionando la razón de su desatención. No cabe la idea de que los desastres naturales sean una prueba de Dios o un castigo divino, ya que esto era lo propio del pensamiento mítico. Queda entonces la tesis principal del autor de que todo lo que llamamos mal tiene como origen un principio empírico. El mal, sea moral o natural tiene una base empírica que impide objetar por la no irrupción de un ser sobrenatural en la historia. Entre otras cosas porque esto supone la aniquilación del libre albedrío. Por consiguiente, el sufrimiento

humano es algo posterior al dolor en sí mismo. La configuración genética, la evolución, hace del hombre un ente determinado para sentir dolor, bien sea por su sistema autónomo, bien sea por un funcionamiento anormal de éste.

No obstante, puede preguntarse por el sentido de este dolor, es decir, si es un suceso biológico sin ninguna finalidad. Estas preguntas tienen un empuje teleológico, metafísico, pero no representan en sí mismas una negación al sufrimiento.

3. DOLOR Y SUFRIMIENTO DESDE LA TEOLOGÍA

El estudio de los términos dolor y sufrimiento humano viene a ser un gran desafío para la fe cristiana, en relación con la imagen de un Dios que es amor y omnipotencia, en cuya perspectiva se comprende que Dios no desea el sufrimiento del hombre, si bien lo permite porque resulta necesario para su crecimiento ético y espiritual.

El sufrimiento en el siglo XXI

El siglo XXI sin lugar a duda se ha caracterizado por que las personas dicen vivir en una sociedad donde el sufrimiento es el factor común, el cual es generado por un sin número de problemas diarios entre los que se pueden mencionar: enfermedades, guerras, violaciones de los derechos humanos, problemas económicos entre otros. Quizás el concepto del sufrimiento se ha ligado al concepto de dolor, pero en realidad ¿Qué es el sufrimiento? A continuación estudiaremos tal pregunta para poder hablar de la incidencia del sufrimiento en la fe cristiana.

Muchos autores han tratado de abarcar la definición de sufrimiento teniendo en cuenta que el sufrimiento no puede separarse de la existencia humana, en el ámbito de la cual se constituye en una de sus realidades más conflictivas, en tanto desafía su sentido de búsqueda de paz y felicidad (Rodríguez, 2002), es decir a

medida que se da un desarrollo de la personalidad y se adquiere cierto tipo de madurez y experiencias, el sufrimiento se presenta como barreras que imposibilitan al hombre encontrarse tranquilo y satisfecho de su vida por lo que el sufrimiento se convertirá en un arma contra la estabilidad humana.

Para López (2011) el sufrimiento no sólo es subjetivo y personal, sino que no puede desligarse del pasado de la persona, de su propia cultura, de los vínculos afectivos que se establecen y los roles que se desempeñan, de sus necesidades particulares, de su condición biológica, sus emociones, e incluso de su vida secreta y de su visión del propio futuro, es decir, lo que manifiesta este autor es que el término sufrimiento es innato al desarrollo humano y que abarca pasado, presente y futuro de una persona, esto es, la totalidad del ser. Se define entonces el sufrimiento como una manifestación del espíritu, y como la expresión negativa o contraria del amor, entonces no sufrir o sufrir menos, es la ausencia del bien como conciencia humana, por ende el sufrir es necesario en la vida de los seres humanos en la medida en que promueve el desarrollo de la conciencia humana y su posibilidad de distinguir el bien del mal, lo correcto de lo incorrecto, y las experiencias fructíferas de aquellas que no lo son.

Hablar de “sentido del sufrimiento” es decir “sentido de lo que no queremos, de lo que nadie puede querer para sí mismo” (Spaemman, 2002). El sufrimiento es un mundo difícil de describir porque toca el espíritu, la parte de la interioridad personal, donde cada uno se encuentra a solas consigo mismo y con Dios. Es por ello que se da una relación entre los temas de enfermedad y sufrimiento, y de la manera como éstos fenómenos genera cuestionamientos que desbordan el ámbito de la medicina misma y alcanzan la esencia de la condición humana (Bejarano, 2002); y precisamente la condición de salud es bastante estudiada con respecto a este tema, debido a que todas las personas, sin importar la raza o condición, se van a ver afectadas en lo más íntimo de su espíritu dependiendo el grado de la enfermedad, el tipo y las complicaciones, llevando en casos extremos a un deterioro emocional de la persona, con sus consecuentes dificultades en el entorno social.

Todo lo mencionado anteriormente enmarca el sufrimiento como algo relacionado de la vida diaria, y que actualmente las personas pueden tener diversos puntos de vista acerca de este concepto, que puede estar rodeado por factores internos de la persona, los caminos que provienen de Dios o incluso ambos, entonces todas las situaciones que se presentan, le dan espacio a las manifestaciones de las cosas que Dios puede permitir.

Es así como ya el Antiguo Testamento refiere diversos personajes que atraviesan situaciones de sufrimiento o que tienen experiencia del mal ni de sus consecuencias en el marco de las más disímiles circunstancias, desde las historias que se narran en el libro de Éxodo sobre el sufrimiento del pueblo de Israel, debido a los múltiples pecados y desobediencias que cometían hacia Dios, las cuales llevaron a que estuviera 40 años en el desierto, así como las situaciones que acontecían para los profetas, líderes y reyes.

Por ello la espiritualidad hebrea contempla como un problema capital la realidad del sufrimiento humano. Este pueblo, siendo denominado el “pueblo escogido por Dios”, atravesó muchas pruebas, tribulaciones y situaciones que no eran agradables, como las batallas, la entrega en manos de los enemigos, las pestilencias, hambrunas, muertes, sequías, entre otras, las cuales son el reflejo de que Dios debía corregir a su pueblo, para que estuviera en los caminos correctos, no siendo desobedientes, o consagrándose a dioses ajenos, comportándose de forma rebelde, no cumpliendo los estatutos, decretos y mandamientos de la ley Divina que Dios había colocado y en algunos casos siendo hombres y mujeres de poca fe a pesar de las múltiples señales de Dios a lo largo de su camino (Schillebeeckx, 2002).

Esta perspectiva en la comprensión del sufrimiento conduce indudablemente a que se atribuya a la voluntad humana, esto es, a su libre albedrío, la causa del sufrimiento, en tanto es el hombre mismo el que elige el mal o lo que lo provoca, convirtiéndose de esa manera en responsable de su propia destrucción y de las múltiples catástrofes que asaltan el mundo.

En virtud de lo anterior, la formulación misma de la fe a través del credo se ve desafiada por la experiencia humana del mal y del sufrimiento, y es aquello a lo que se refiere Juan Pablo II al comentar la primera frase del mismo a partir de los grandes cuestionamientos que puede formularse el creyente en relación con la manera como le puede ser posible “conciliar la existencia del mal y del sufrimiento con la providencia, la omnipotencia y la solicitud paternal de Dios” (Schillebeeckx, 2002).

En efecto, en tanto inevitables, el dolor y el sufrimiento se convierten en realidades conflictivas que no reclaman demostración dado que todos los seres humanos tienen experiencia de él. No obstante, el sufrimiento en particular termina por encontrarse con la dimensión espiritual, pues puede describirse como generado por una percepción de desamparo que tiene lugar delante de las realidades que afectan o puede llegar a afectar gravemente la integridad personal. Es justamente por ello que, en aquellas circunstancias en las que viene provocado por razones físicas, éste puede identificarse con el dolor. Según ello, delante del sufrimiento pueden identificarse causas tanto físicas como sociales y, por supuesto, por causas espirituales. A pesar de ello, el sufrimiento acopia a la persona en su totalidad, de forma que, independientemente de sus causas, cada una de estas dimensiones humanas son tocadas por la realidad del sufrimiento. A la vez, la realidad del sufrimiento afecta la percepción del futuro, delante de la cual el individuo siente que no se encuentra preparado y en tal medida, termina por afectar también el propio sentido de la vida, de allí que para Cassell (1992), el sufrimiento conduce a una desintegración del ser que incluye “el pasado, el futuro, el propósito de la vida, las ideas y creencias acerca del mundo y la comunidad”.

Ahora bien, en una perspectiva creyente, el sufrimiento no puede hallar sentido en virtud de una explicación o discurso, sino que reclama más bien afianzar la unión con Dios en orden a una aceptación serena del misterio que le permita el abandono en las manos del Padre. Sólo de esta manera pueden sufrimiento contribuir al acercamiento del ser humano a Dios, mientras todo intento de explicarlo va limitando las posibilidades sanas adoradas y liberadoras que pueden

hallarse en una aceptación del misterio que no pase a través de la racionalización. Se trata, de alguna manera, de aquello que proclaman algunas de las religiones orientales, en particular el budismo y el hinduismo, cuando enseñan que sólo puede darse una liberación del sufrimiento allí donde se ha renunciado al deseo (Peña, 2005).

La experiencia del sufrimiento puede conducir a una persona a buscar el bien del otro de una manera desinteresada, a pesar incluso de que la realidad generadora de sufrimiento siga presente, dado que la persona encuentra liberación en tanto se ofrece a los demás y así da sentido a su propio sufrimiento. El acontecimiento teológico que sirve de modelo a este argumento del poder del amor sobre la realidad del sufrimiento es, sin duda, el sacrificio de Cristo en la cruz, en virtud del cual reciben los seres humanos innumerables gracias, al punto que, dicho sacrificio, “hizo posible la resurrección, que nos libra del pecado y de la muerte” (Juan Pablo II, 1984).

Razones del Sufrimiento

Dado lo anterior, resulta consolador comprender que no es Dios la causa del sufrimiento, y que no es él quien se halla detrás de realidades como la guerra, el crimen, la opresión o las diversas catástrofes naturales que agobian a los seres humanos. No obstante, ello no responde a la cuestión fundamental acerca de las razones por las cuales Dios permite el sufrimiento, pues resulta claro que tiene el poder suficiente para ponerle fin. En esta perspectiva, Dios estaría permitiendo que Satanás demuestre cómo gobernaría él a la humanidad y que bajo su influjo los seres humanos se gobiernen a sí mismos. Sería ello lo que atestigua la larga historia de la humanidad, en la que sus múltiples formas de gobierno y hasta sus casi impensables avances en diversos órdenes, no sólo no ha hecho desaparecer el sufrimiento, sino que se convierten incluso en causa del mismo.

Es claro que Dios conoce la conveniencia y el porvenir del ser humano, es por eso que él es el más indicado y el único que nos puede ayudar en nuestro diario vivir, sin embargo él quiere que el ser humano le adore en espíritu y en verdad y el

arrepentimiento sea de forma sincera, ya que si hay temor a Dios y a su verdad, será aún más sencillo llevar una vida encaminada en los caminos de Dios, no causando problemas al prójimo, conociendo que prima la voluntad de Dios y que con cada cosa tiene un plan y un propósito.

Sufrimiento y desobediencia

Esta situación se describe en el Nuevo Testamento bajo el concepto de desobediencia, entendida como un estado en el que el hombre pretende convertirse en el centro del mundo y en tal medida se absolutiza. De esta manera, el sufrimiento se constituye en manifestación de una situación en la que todos los hombres se encuentran, y su comprensión conduce a la decisión de apartarse de la desobediencia, esto es, volver a la escucha del Padre, para utilizar una expresión bíblica, en el marco de la cual puede percibirse el sentido del todo. Y es que si se comprende el mundo, orientado a la “perfección de las almas”, todas las realidades que en él se hallan, entre ellas el dolor y el sufrimiento, han de tener un significado en relación con este caminar humano, es decir, estarán orientados al perfeccionamiento del hombre tanto en el ámbito individual como en su dimensión comunitaria y en el devenir de la historia. Este horizonte de comprensión muestra la vida humana como un continuo desafío de crecimiento que, de no contar con la experiencia del dolor y el sufrimiento, impediría una experiencia humana fundamental, a saber, la de su propia existencia como un acontecimiento vacío de sentido. En último término, la vida humana sin sufrimiento sería una vida estéril.

Al contrario, la presencia del sufrimiento le pone al hombre en evidencia que ha desplazado a Dios para ubicarse él en el lugar central, y que allí ubicado a ser razonable las situaciones generadoras de sufrimiento, de allí que Spaemann (2002) afirme:

“Mientras el malo encuentre aceptable y perfectamente en orden vivir a costa de los demás, ¿para qué cambiar la situación? El que sufre se ve obligado a experimentar la falsedad de la situación. Esto se ha puesto de relieve constantemente en la tradición cristiana. Grandes personajes

han entendido el sufrimiento como el irremediable reverso de la arbitrariedad individual, por el que el hombre vuelve a ser conducido a la verdad”.

Posición de la religión frente al sufrimiento

En el contexto cristiano, todos están llamados a unirse al sufrimiento de Cristo, cabeza de la iglesia que peregrina por esta tierra, abrumada por el dolor y el sufrimiento en medio de una realidad decadente y empobrecida por los bienes y apetitos que nos ofrece el mundo de hoy, todo esto por la falta de confianza y esperanza que solo emana de Cristo, el cual es la buena noticia y en quien se presenta el Reino.

En consonancia con las palabras descritas en líneas anteriores, podemos desvelar la importancia que tiene en nuestro diario caminar el reconocimiento mismo del mal, el cual asecha nuestra esperanza y nos perturba el camino a la felicidad, al fin último que, que, como dice Santo Tomás, encontramos en Dios mismo. Es a ello a lo que se refiere Sölle (1978) cuando dice:

El sufrimiento sirve aquí para vencer nuestro orgullo, para mostrar nuestra impotencia y para aprovechar nuestra dependencia; el sufrimiento tiene el sentido de conducirnos de nuevo a un Dios, que sólo es grande cuando nos empequeñece. (...) El sufrimiento es concebido como una prueba que Dios nos manda y que nosotros debemos superar; se considera como un castigo, consecuencia de anteriores delitos en una relación totalmente desproporcionada, o como una purificación, de la cual debemos salir inmaculados (Sölle, 1978).

La imagen que se presenta de Dios en este contexto de dolor y sufrimiento muchas veces es desconcertante, pues es contradictorio hablar de un dolor y un sufrimiento que es enviado por un padre que quiere y da todo por sus hijos; pero este no es el verdadero rostro del Padre que nos da Cristo, sino un rostro de amor de padre y de fortaleza, que busca y quiere es que sus hijos tomen conciencia de

lo bueno, de lo que lleva a Dios, y de que en el largo caminar de la vida, él es la fortaleza, y no deja solo a ninguno de sus pequeños, a todos los cuida y los protege a fuerza de bien.

Cuando Dios nos da un sufrimiento, siempre nos da la fortaleza para sobrellevarlo, con tan sólo pedírselo. Mucha gente, en lugar de pedir Su ayuda, se molestan y revelan: son esa impaciencia y malestar las que realmente hacen que el sufrimiento sea difícil de sobrellevar (Sullivan 2001).

¿Porque es el Sufrimiento un Reto a la Fe Cristiana?

Siempre nos hacemos preguntas ¿Por qué pasan las cosas? ¡No es justo! ¿Por qué a mí que he sido tan bueno?

Lo cierto en nosotros, es que no nos gusta sufrir, y no es para nada placentero, sino angustiante y nos amarga mucho ver el sufrimiento humano, en especial cuando lo vemos en las personas que queremos y en los seres que nos motivan compasión.

El dolor es un aspecto que va marcando nuestra vida, es un derrotero que va moldeando y perfeccionando, nos hace en últimas más humanos, en él está la búsqueda misma del amor por la verdad, ese amor vivo e íntegro de cada cristiano, ese amor es el baluarte del sentido mismo del sufrimiento. Muchas personas descalifican el sufrimiento y lo describen en clave de maldición y de castigo, le dan una mirada negativa al querer de Dios, pero olvidan que el dolor está encaminado al amor divino, en él se encuentra la perfección, en él se aprende a valorar nuestra historia, en cada cristiano el dolor y sufrimiento debe enseñarnos a luchar para alcanzar la felicidad, no podemos verlo, entender y dirigirlo al absurdo.

La teología cristiana nos enseña que Dios no desea el sufrimiento del hombre y que sólo lo permite porque es necesario para su crecimiento ético y espiritual y poder regresar así al goce paradisiaco original. Al

respecto, Juan Pablo II nos recuerda en su encíclica *Evangelium Vitae*, que el hombre “está llamado a la plenitud de la vida, que va más allá de su existencia terrenal, ya que consiste en la participación de la vida misma de Dios”. La experiencia del hombre en el mundo, entonces, no es su “realidad última” sino sólo la “condición penúltima” de su destino sobrenatural (Peña, s.f.).

En este contexto cristiano, ser feliz en medio del dolor y el sufrimiento significa orientar al máximo de perfección todas las cualidades humanas, específicamente las espirituales, las que están en nuestro ser de creyentes, de personas de fe; pero para ello no debemos de olvidar el mal que está pasando, el odio y la indiferencia frente al actuar de Dios en la historia.

Según Polaino el dolor se hace misterio, es el plus del dolor. Ya no alcanzan las explicaciones racionales y a pesar del desarrollo tecnológico y avances de la medicina, el hombre continúa siendo homo patines, el homo doloris de siempre, en su constante peregrinar en busca de explicaciones que casi nunca alcanza. Por eso, es preciso pasar de lo natural a lo sobrenatural; se necesita la luz de la fe para ese misterio (Lucero, s.f.).

4. EL TESTIMONIO DE LA TRADICIÓN PATRÍSTICA

El enigma, del mal comienza con la filosofía Griega, con el Antiguo Testamento y después con el nuevo. Después recorre toda la historia del pensamiento cristiano y europeo. Comenzando por San Agustín, siguiendo por Sto. Tomás, pasando por Leibniz, Kant, Hegel y tantos otros, hasta llegar a los filósofos y teólogos actuales. (...) en nuestros tiempos es vivido por el hombre postmoderno con una angustia tal que llega al paroxismo (José Antonio Galindo).

El logro de la Teología Patrística respecto al debate sobre la cuestión del mal es atendido con gran interés por los primeros sintetizadores del pensamiento

cristiano, pioneros ávidos de entender a la constatación de la naturaleza distorsionada, el mal. Era la época en la que Eusebio de Cesarea daba cuenta de las doctrinas Gnosticistas y Maniqueísta. Y los padres de la iglesia definían la propia doctrina cristiana, haciendo frente a “la sustancialidad del mal y el eterno conflicto de los principios contrarios: uno bueno y otro malo”

La dicotomía consiste en que al considerar a Dios como el autor de todos los seres, se convierte también en el autor del mal, caso en el cual no puede ser bueno; pero en el caso contrario, la conclusión inevitable sería que Dios no es responsable de una materia eterna, en este caso el mal, y en virtud de ello, resultaría que Dios no es absoluto.

Ante estas doctrinas, los padres de la iglesia se apoyan de reflexiones griegas y judías, en las que basaban sus cosmovisiones y antropología. Los apologetas griegos coinciden en afirmar que “Dios no puede ser el autor del mal físico y tampoco del mal moral, originado por la libre voluntad del hombre. Metodio y Anastasio justifican la no autoría del mal de Dios, con el hecho que el mal no es una sustancia. Por su parte, Orígenes, San Ambrosio, San Ireneo y Gregorio de Niza considera al mal como carencia de bien.

Ireneo reafirman la no autoría divina del mal, respondiendo a algunos agnósticos que le lo atribuyen a una divinidad intermedia la creación de todo lo material (lo malo) y niegan de paso su bondad de Dios, también separa el problema del mal del problema del origen de la materia, apelando al argumento ad ignorantiam: se desconocen que motivó la opción angélica a iniciar la distorsión existente en la creación, como se desconoce de igual modo el origen de la materia.

Entre los padres latinos, en la reflexión sobre el mal, antes de san Agustín destacan San Ireneo y San Ambrosio. Pero es Aurelio Agustín de Hipona, el primero quien con sensibilidad e interés personal será el culmen de la teología patristica, al iluminar un problema central de la teología, que compromete el concepto de Dios Creador, la aparición u origen de la materia y del hombre, la historia de la salvación y su término final. Insatisfecho luego de seguir durante

años las doctrinas maniqueístas, Agustín se traslada a Italia, específicamente a la ciudad de Milán, donde conoce al obispo Ambrosio, cuya predicación le deja una profunda impresión.

En relación con el tema de este trabajo, en su obra *De libero arbitrio*, San Agustín explica que el autor del mal no puede ser Dios, en tanto el mal es «nada», mientras Dios, Ser Supremo, es autor de las cosas que son algo. A partir de este argumento deriva luego su disquisición hacia temas de capital importancia en la teología, entre ellos, la providencia, la gracia divina y la libertad humana.

En el mismo texto dirá que el conocimiento de Dios de lo que sucederá no es una fuerza que impulsa irresistiblemente a lo que sucede sino que en su suma, Dios tiene en cuenta la voluntad del ser racional. Es así que el pecado en el mundo aunque contrario a Dios es permitido sabiamente, respetando la libertad humana y mostrando que puede sacar bien de los males.

Para ganarse el título, como El doctor del problema del mal, santo de Hipona se destacará de sus antecesores, por lo cerca que padeció en carne propia dicho enigma, quejándose de tormentos, desolación interior, soledad y miedo a la muerte.

El sufrimiento en los Padres

El profesor Basíledes de alejandrino fue uno de los únicos autores que explícitamente mencionan el tema del sufrimiento. De igual modo, San Crisóstomo lo deja ver en sus libros, el primero habla de la finalidad de la adversidad, en el segundo hace un recorrido desde Adán hasta san Pedro. En los siguientes expresa que el hombre tiene la posibilidad de evitar lo que le puede dañar; y sobre la permanencia en la fe en las adversidades, aun cuando no nos resulte claro lo que quiere Dios para nosotros en medio de dicha situación.

El conjunto de la teología espiritual patrística oriental según profesor Tomáš Špidlík se puede señalar en cuatro aspectos: Los padres de la iglesia fueron sensibles al sufrimiento y buscaron encontrar su significado. El hombre tiende a

reprochar a Dios ante el sufrimiento, pero de la mano de Dios solo procede bondad (Basilio). Es, por tanto, el hombre, quien elige el mal y acarrea así su propia destrucción. No obstante, los padres distinguen entre el sufrimiento de los injustos y el de los justos, quienes a través de él se configuran un Cristo.

CONCLUSIONES

El texto presenta una reflexión sobre el sufrimiento humano. Es necesaria la primera aclaración que diferencia al dolor del sufrimiento, dejando al primero ligado a la consecuencia física de algún trauma mientras que el segundo hace parte de la dimensión trascendental del ser humano.

El sufrimiento dentro de la filosofía se hace la misma distinción, desde la causalidad física del sufrimiento a la causalidad espiritual, respondiendo, ante todo por la pregunta por el surgimiento del mal en la realidad. En cualquiera de las dos situaciones es incomprendible el sufrimiento desligado del ser humano, pues se hace presente en el hombre puesto que éste ser, dotado de razón, puede hacer la reflexión frente a sus deseos, y dotado de espíritu, puede anhelar más allá de la voluntad.

Teológicamente han sido varias las respuestas que se ha querido dar frente al sufrimiento, aún más, cuando la filosofía contemporánea, especialmente después del suceso de Auschwitz, deja un interrogante en el tintero ¿por qué Dios que es omnipotente permite el mal en el mundo?

Salvifici doloris (nº 4), no recuerda que es necesario acudir a la fe delante de la realidad del sufrimiento, ese misterio que descargan la vida, si bien, al tiempo, compasión y respeto.

La Teología no justifica la existencia del mal pero sí brinda argumentos que desde la historia de la salvación nos permite reconocer el porqué de los hechos, puesto que el sufrimiento, a pesar de pertenecer a la dimensión trascendental del hombre,

no se desliga de la realidad en la que se encuentra inmerso. Así pues, según se recordaba al comienzo de este texto y acá se insiste, el dolor y el sufrimiento humano nos permiten un acercamiento al misterio del amor divino: “Sin el sufrimiento de Cristo es locura tratar de entender el sufrimiento del hombre”.

BIBLIOGRAFÍA

André, F. (1991). El sufrimiento. En Dios en Preguntas. Buenos Aires. Ed. Antártida.

Aramini, M. (2007). Introducción a la bioética. Bogotá: San Pablo.

Bejarano, P. F. (2002). Reflexiones alrededor del dolor como experiencia personal y profesional. Rev. Ars Médica .Vol3. Nro3.

Brusco, A. (1999). Humanización de la asistencia al enfermo. Madrid: Sal Terrae.

Lewis, C.S. (1990). El problema del dolor. Santiago: Editorial Universitaria.

Cassell, E. (1991). Recognizing Suffering. *Hasings Center Report* 21, pp. 24-31.

Catecismo de la Iglesia Católica (Sección segunda, N° 324).

Schillebeeckx, E. (2002). Ministerio de Dios y sufrimiento Humano. p. 658

Gracia, D. (1986). Voluntad de verdad: para leer a Zubiri. Barcelona: Labor.

Juan Pablo II. 1984. Salvifici doloris, [Madrid], San Pablo, 6ª ed., n. 2.

López, J. A. M. 2011. El sufrimiento humano como experiencia personal y profesional. BIOÉTICA.

Mardones, J. M. (1991). Filosofía de las ciencias humanas y sociales. Bogotá: Anthropos.

Fray Juan David Montes Flórez, O.P.

Marie-Léon Ramlot, O. P. – JACQUES GUILLET, S. I., Sufrimiento, en VTB, p. 873.

Marino, F. La terapia del dolore e la cura dei sintomi. Asted, Magenta, 1999, pp. 39-45.

Meister Eckhart. Del Hombre Noble. En Obras escogidas (Visión Libros, Barcelona, 1980).

Peña, S. 2005. El sentido Cristiano del dolor. Humanistas número 3. 4p.

Polaino, A. (1993). Más allá del sufrimiento. *Atlántida*, 15.

Polo, Leonardo. La persona humana y su crecimiento. Madrid: Rialp, 1996, pp. 207-264.

Queiruga, A. T. (2011). Repensar el mal: de la ponerología a la teodicea. Trotta.

Ricoeur, P. (2006). El mal: un desafío a la filosofía y a la teología. Madrid: Amorrortu.

Rodríguez Guerrero A. 2002. Dolor y sufrimiento humano (Un desafío a Dios y un desafío al hombre). Rev. *Ars Medica* .Vol3. Nro3.

Sölle, Dorothee. 1978. Teología Política. Salamanca. 15p.

Spaemann R. 2002. El sentido del Sufrimiento. Publicado en el nº 15 de la Revista *Atlántida*.

Varga, Andrew (1998). Bioética. Principales problemas. Bogotá: San Pablo.

Verlag, C. H. (2000). El mal o el drama de la libertad. Barcelona: Tusquets.

Zubiri, X. (1999). Naturaleza, historia, Dios. Madrid: Alianza editorial. Acercan

Zubiri, X. (2007). Cursos universitarios, Vol. I. Madrid: Alianza editorial.

Webliografía

Dagnino Sepúlveda, José (1994). Definiciones y clasificaciones del dolor. En: Boletín Escuela de Medicina. Universidad Católica de Chile, No. 23, pp. 148-151. [Versión en línea] Disponible en: http://escuela.med.puc.cl/paginas/publicaciones/boletin/html/dolor/3_2.html.

Hernández, Consuelo (2011). “Computadora detecta el dolor humano”. En: Salud180.com, El estilo de vida saludable. Disponible en: <http://www.salud180.com/bienestar180/computadora-detecta-el-dolor-humano>.

LUCERO, I. T. (s.f.). El dolor y el sufrimiento humano, en José Juan García (dir.), *Enciclopedia de Bioética*. [Versión en línea]. Disponible en: URL: <http://enciclopediadebioetica.com/index.php/todas-las-voces/168-el-dolor-y-el-sufrimiento-humano>.

Peña, S. (s.f.). El sentido Cristiano del dolor. *Humanistas*, 3. [Versión en línea] Disponible en: <http://humanitas.cl/html/biblioteca/articulos/d0050.html>.

Sullivan, Paul. 2001 “Sufrimiento”, disponible en: <http://www.monografias.com>. Fecha de acceso: 19 de junio, 2008.